

Elementos básicos en la ejecución técnica del encaje de bolillos:

—La almohadilla.- Es una tela de lienzo de 70 cms. de largo, rellena de paja de centeno y que debe su principal virtud a su consistencia. Se forra con una cartulina o papel fuerte, normalmente de color azul para no dañar la vista de la encajera y contrastar con el tono luminoso del "picao".

—El "picao".- Es un trozo de cartulina o papel en el que va impreso el dibujo que se desea conseguir. Se superpone a la almohadilla sujeto con alfileres o pegado con "engrudo" (una mezcla de agua y harina que realiza la propia encajera en su casa).

—Los bolillos.- Son unos palitos de hueso o marfil que tienen la parte superior en forma de carrete. Se ponen en el cabo inferior de cada hilo mientras la punta queda prendida en la almohadilla. El tamaño alcanza 15 ó 16 centímetros.

—La escalerilla.- Es una estructura de madera con forma de trapecio que sirve para apoyar en ella la parte superior de la almohadilla. El extremo inferior reposa en las rodillas de la encajera. Gracias a la escalerilla se consigue la inclinación de la almohadilla con el propósito de facilitar la labor.



de éxito superaron lo previsto, tanto es así que, si en 1777 trabajaban el encaje 140 mujeres, dos años más tarde el personal se había cuadruplicado. Rita facilitaba los diseños y muestras, consiguiendo que "el encaje de Almagro, de grosero y ordinario, se convierta en fino y primoroso". En 1796, un catalán, Juan Bautista Torres, añade aires frescos a la industria encajera. Establece nuevas fábricas en Almagro y pueblos inmediatos. Le sucedieron en la empresa sus hijos Tomás y Andrés. Estos, a su vez, consiguen engrandecer el negocio, y en 1845 tienen 8.000 empleadas de toda la comarca, de las que 677 son niñas de 9 años, y 800 no sobrepasan el primer lustro de vida. Sin tardanza, el encaje de Almagro interesa en los concursos y exposiciones, ganando en 1841 una medalla de oro en competencia con la industria catalana.

Consigue interesar en las principales cortes de las monarquías europeas, y el Gobierno español apoya especialmente sus fábricas, concediéndoles el título de "Real". Aunque parezca una incongruencia, con el enorme prestigio y la progresiva demanda de sus labores, las encajeras particulares no se forraban, sino todo lo contrario. Los mercaderes inter-

mediarios pagaban unos 5 ó 6 reales la vara, aunque valiese mucho más, y se hizo usual la práctica de intercambiar encajes ya terminados por materia prima.

A partir de 1845 desaparece la documentación referente al encaje de bolillos en Almagro y apenas se cuenta con una tradición transmitida oralmente. A *grosso modo* diremos que se superaron varios altibajos, provocados por la carestía del hilo importado, sustituido luego por el español, y la creciente popularización de la máquina de tejer encajes —inventada por J. M. Jarquard— en la industria nacional.

SIGLO XX: AUGE DEL ENCAJE

Ya centrados en los primeros años del siglo XX, la segunda década del mismo se caracteriza por corresponder a un nuevo auge del encaje, algo enturbiado por la deplorable situación laboral que padece la encajera. El 15 de septiembre de 1923, en el diario *La Tierra Hidalga*, un autor anónimo publica un artículo del que extraemos el siguiente párrafo: "Hay que hablar de la tragedia de la encajera, sometida a este trabajo durante 18 y 20 horas a cambio de una peseta y media de jornal medio", vanos resul-

taron los intentos de sindicarse la producción obrera del encaje.

DECLIVE

El declive de la industria encajera en Almagro se percibe con nitidez en los primeros años sesenta, cuando una orden ministerial, que otorga a las trabajadoras un seguro social, no consigue frenar la desmesurada inmigración de mujeres almagreñas a otras regiones españolas. Ya desde finales de la guerra civil las fábricas se habían ido cerrando, y con el tiempo descendió el número de almohadillas y desaparecieron las escuelas y talleres de encajeras. En 1970, el Gobierno español nombra a Almagro ciudad artístito-monumental, influyendo tal decisión en una nueva difusión del encaje por todo el país. Pero a pesar de que éste se consagrara entonces como valor autóctono, a pesar de todos los concursos provinciales, muestras nacionales y exposiciones que desde 1981 se vienen realizando gracias al esfuerzo de muchas personas que aman los valores intrínsecamente artísticos del encaje de bolillos, se presagia una probable una progresiva desaparición de su técnica. Y es que, en los últimos años, el encaje ha sufrido un